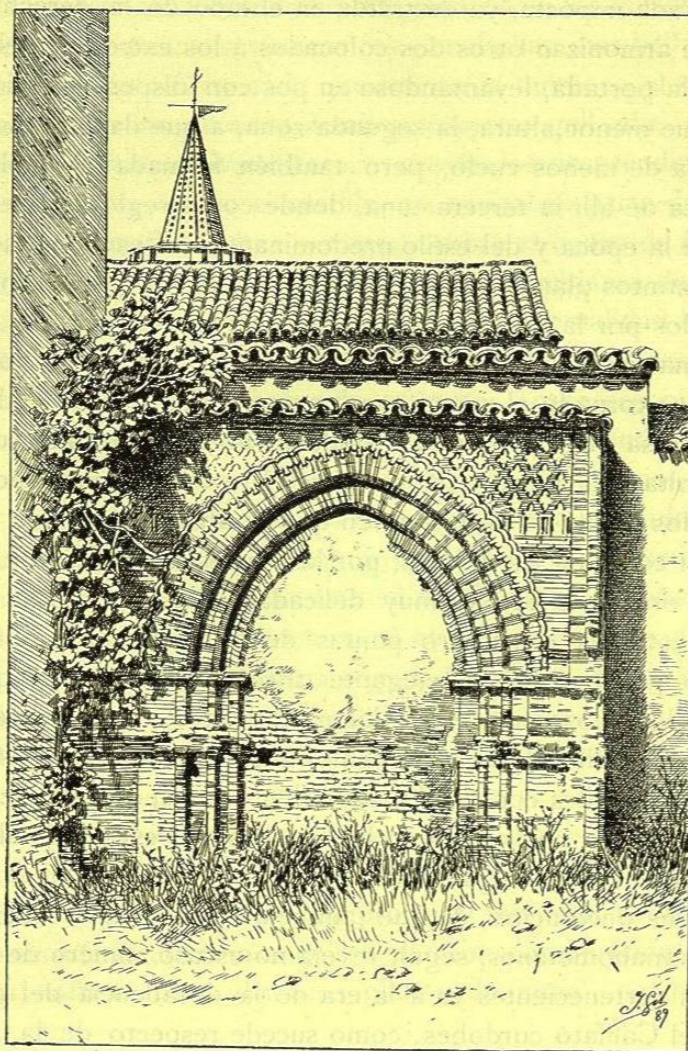


tada por pareadas columnillas de relieve, mientras en la enjuta del otro lado se presenta con una sola columna y de mayor luz



PUERTA DE LOS NOVIOS EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE PALOS

por consiguiente, los arquillos. De la prolongación y enlace de las líneas que forman dichas arquerías, cual en orden distinto ocurre con las arcadas que dan ingreso á la *Capilla del Mihráb*

en la *Mezquita-Aljama* cordobesa,—resulta la peregrina decoración de esta portada, que no parece en consecuencia sino abierta sobre finísimo encaje, recogiendo finalmente el conjunto á modo de *arrabaâ* y en plano superior, colocado en la misma línea de la periferia del arco mayor ya referido, ancho listel que nace sobre la imposta de la segunda zona, como recogen el todo y hubieron de sustentar el cornisón desaparecido, los cilíndricos baquetones de los extremos.

Con ser tan grande el que á nuestras miradas brinda, como representante de la abatida grey mudejâr, ya en el siglo xv en que hubo de ser erigido este monumento, genuinamente español y sin semejante fuera de la Península,—no consiste solamente su mérito en la naturaleza de los exornos que le avaloran y en la destreza con que supieron los alârifes fundir las tradiciones del arte cristiano y el musulme, para que resultase y prevaleciese como resulta y prevalece la unidad superior artística; no tampoco en la bella acertada combinación de los matices del ladrillo, colocado en fajas de dos en dos, alternativamente rojos y amarillentos, contribuyendo por su parte á la belleza y singularidad del conjunto,—sino también y por modo muy principal, en la maestría de la construcción, donde aparecen los ladrillos limpiamente recortados y con no menor arte colocados en la fábrica, siguiendo el movimiento de las archivoltas, á manera de doseles, sin que se advierta ni desnivel, ni desproporción, ni diferencia alguna en el espesor de los ladrillos, respecto de aquellos otros que se tienden en hiladas horizontales por el monumento. La acción del tiempo, los efectos de la intemperie, y otras causas, han hecho que en muchas partes, perdida la mezcla que traba los ladrillos, aparezcan éstos, especialmente en las archivoltas, como harpados exornos, cual si de intento así primitivamente los hubiesen colocado los constructores, quedando al descubierto por lo demás las juntas en toda la fábrica, lo cual contribuye á dar mayor carácter á esta portada, que habrá de perecer en breve, y mientras no sea preservada de la ignorancia

y del atrevimiento de los muchachos que concurren á aquel lugar retirado, quienes al verla tapiada é inservible para el templo, la estiman como cosa baladí y sin importancia (1).

No sin emoción traspasarás, lector, con nosotros aquella ojival portada que, cerrada por un panderete se ha convertido en cuadrada y vulgar puerta á la parte de levante, y que es la única practicable, según dijimos, con que hoy la Iglesia cuenta; y aunque restaurada en nuestros tiempos y encalada toda ella al estilo y usanza de la tierra, te parecerá todavía que bajo su artesonada mudejár techumbre de alfarje, restaurada también con buen acuerdo, vibra el acento de aquel comisario de los Católicos monarcas que desde el púlpito, reemplazado después por el existente, daba lectura en tan sagrado recinto á la real pragmática en que la egregia Isabel I autorizaba el reclutamiento de gentes para la inmortal empresa que ejecutoriando la grandeza de alma de los soberanos de Aragón y de Castilla, ejecutoriaba al par la del intrépido navegante, quien debía en aquel año de 1492, en que era rescatada Granada del poderío islamita y en que eran lanzados sin piedad de sus hogares los judíos, completar la obra de grandeza realizada por Isabel y por Fernando, descubriendo para España nuevas, desconocidas y riquísimas, las Indias occidentales. Te parecerá todavía, lector, que en aquellas naves solitarias, desornadas completamente, multitud de marineros, con el rostro curtido por el aire del mar y atezado por el sol, la ropilla de diversos matices desordenada y más ó menos completa, —se agita y se conmueve al ver delante de sus ojos desplegado aquel risueño panorama con que brindaba á sus ambiciones y á sus esperanzas el mundo soñado por Colón y prometido á Es-

(1) Como consecuencia provechosa de la visita hecha á Palos por el Excelentísimo Sr. Ministro de Fomento, de sus labios hemos oído que abriga el propósito de defender esta insigne portada por medio de una reja de hierro que impida y dificulte su total destrucción, después de restaurada, como parece ha de serlo por el arquitecto Sr. Velázquez. Sólo aplausos merece semejante determinación, y no habremos de ser nosotros los últimos en alabar el pensamiento generoso del señor Isasa.

paña como recompensa de la magnanimidad de sus príncipes; y crearás oír las exclamaciones de júbilo ó de temor, de entusiasmo ó de menosprecio con que en su ignorancia ó en su avaricia, ó en su nobleza, acogía aquella humilde gente las palabras del regio comisario, sin percatarse de que quizá en el más oscuro rincón del edificio religioso, acompañado de su hijo, el inmortal Colón presenciaba semejante espectáculo, y acogía las frases de los conmovidos concurrentes!

Delante de aquel cuadro, prólogo de tantas grandezas y de tantas desventuras para la patria, y al cual debe Palos su renombre, desaparece el edificio; y ni se advierte la rebajada curva de los arcos torales que, apoyando en haces de junquillos, cortados por resaltada imposta de cardinas, tendida después por los muros á igual altura, preludian ya las influencias del Renacimiento, ni se pára mientes en los cascos de las bóvedas del crucero, ni despierta la atención el descentrado ingreso de medio punto de las capillas laterales del crucero referido, ni tampoco el lindo y característico púlpito de hierro que, acusando ya la mano de la XVII.^a centuria á que pertenece, es digno de estimación, no obstante, como lo es la fábrica del templo. Blanqueado todo él, no ofrece sus muros agobiados bajo la pesadumbre y la halumba de macizos churriguerescos retablos que impiden el paso y quitan á veces la devoción con barrocas imágenes descompuestas y encarnadas de cualquier modo, con el hacinamiento de ex-votos de cera, y cuadros que representan discutibles milagros y prodigios, obrados por la fe principalmente. Limpio, aseado y bien pavimentado, con sus tres naves regulares y airosas,—á la templada luz que penetra por las fenestras del coro, no carece de interés el edificio, ni arguye en realidad, á despecho de sus exiguas dimensiones, la pobreza del pueblo, ofreciéndose con cierta coquetería de buen gusto.

Cierto es que ni sus retablos ni sus imágenes, inclusa la del patrono, tienen importancia, por más de que no deje de ser estimable como pintura la tabla que figura en el altar del lado de

la Epístola en el crucero; pero en cambio, y merced sin duda á los esfuerzos del actual párroco, se muestra con tal atractivo, y es tal la impresión que en el ánimo produce la contemplación de aquel recinto, donde oró Colón en momentos para él solemnes,—que no sin pena se abandona la santa casa, donde la voluntad de Dios consiente sea recordada la imagen del inmortal genovés, para mayor ensalzamiento suyo. Antes, sin embargo, de despedirnos de la *Iglesia parroquial de San Forge*, preciso se hace, lector, que nos acompañes complaciente á la capilla lateral del Evangelio, pues allí, sin que nadie los estime ni en ellos pare mientes, embargado el espíritu, de cierto, por las memorias de otros días,—empotrados en los machones sobre los cuales voltea el arco de medio punto que da acceso á la capilla, encontrarás sin duda alguna, monumentos que tu atención reclamen, sobre todo en la época actual en que tanto y tan subido prestigio alcanzan las producciones de la cerámica, con profusión singular prodigadas en los templos de Andalucía y en los del reino de Valencia, bien que con expresión y carácter muy distintos en los unos y en los otros, como resultado natural de la diversidad de caracteres que apartan entre sí á los andaluces de los valencianos.

Los monumentos á que hacemos referencia, y sobre los cuales pesan el olvido, el desdén y el menosprecio, son dos hermosos cuadros de azulejos, ambos de la misma época, de igual estilo y casi de la misma mano, en los cuales se halla la imagen de dos mártires, llamado SAN CEREAL el de la derecha y SAN JETVLO el del opuesto lado, según declaran los letreros colocados en la parte superior de cada cuadro. Uno y otro aparecen coloridos sobre amarillo fondo, y sin exageraciones ni abusos censurables, proporcionados, de aceptable dibujo, resaltan por decirlo así sobre la guarnición florida que sirve de marco al conjunto, resultando verdaderamente estimables y dignos de figurar en sitio más ostensible, ya que por no aparecer en los santorales modernos los nombres de aquellos elegidos del Señor, que pa-

decieron por la fe cristiana, no sea posible su colocación en otros tantos retablos. San Cereal está representado en pie como San Jétulo, y su cabeza, de facciones demacradas por el ayuno, destaca sobre la correspondiente elíptica aureola, mientras que, atravesándole la garganta, afilado cuchillo proclama su condición de mártir; gruesas rojizas gotas de sangre se desprenden de la hoja de aquel arma, y en tanto que eleva en la suprema angustia de la muerte al cielo su mirada, sostiene aún entre sus vacilantes manos abierto un libro religioso, que el pintor presenta en escorzo con maestría. Y sin duda que no debía aquel pintor de azulejos ser hombre de poca reputación ó por lo menos no debía de estimar su obra en poco, cuando en lugar de fingir la letra del libro, llenaba efectivamente sus dos páginas de signos de escritura, los cuales bien que no legibles por completo, tanto á causa de la posición del libro, como por la naturaleza de los signos mismos que, con paciencia, podrían ser no obstante interpretados, contienen una indicación de importancia, revelando el nombre hasta hoy quizás desconocido en la historia de las artes, y en la nómina de los pintores de azulejos sevillanos.

En el folio de la izquierda con efecto, aparece clara y distintamente, escrito á la cabeza de la primera línea, el nombre de RIOS, sucediéndose varias frases que sería preciso traducir por medio del más atento y detenido estudio, al cual convidamos á los amantes de la cerámica sevillana (1). Parecen dichas

(1) Trazados los signos por mano de quien no blasonaba de pendolista, son por lo general, bastante irregulares; comienza la línea superior del folio de la izquierda por una R versal y característica, de forma latina ó de imprenta, diciendo:

Rios no Torquato isso.....

y sigue después acaso en el folio del frente donde parece leerse *soy...* seguido de signos que la pintura corrida ha deformado. La T de *Torquato*, tiene la figura de una p minúscula elzeviriana, como semejan serlo las letras de las primeras palabras; pero después escribió el artista en la forma para él más usual, y la confusión que resulta es grande. Invitamos pues á los amantes de la cerámica al estudio de estos monumentos, y en especial invitamos á nuestro querido amigo el diligente y entendido autor de la *Sevilla monumental y artística*, D. José Gestoso y Pérez,

frases estar en alguno de los dialectos italianos, y parece también que en la segunda línea se halla expresada una fecha, sin que sea para nosotros lícito afirmarlo en absoluto (1); de cualquier modo que resulte, ambos cuadros son dignos de ser tenidos muy en cuenta, á nuestro juicio, en la historia de la pintura de azulejos, y aunque español el nombre que se lee, la manera de hacer, la expresión, el asunto y todo en fin, en las figuras, proclama, de acuerdo en esto con la sospecha á que induce el idioma en que se hallan escritas las líneas del libro memorado, que debió de haber aprendido en Italia su arte, y que de allí vino á no dudar ya en la XVII.^a centuria á que los referidos cuadros corresponden. Por lo que hace al púlpito, es obra de rejería del mismo tiempo, en la cual se muestran ya degeneradas las tradiciones del Renacimiento; debió ser labrado, como casi todos los de las iglesias de esta provincia de Huelva, para ser indistintamente como *ambón* colocado en el sitio del templo que se estimara conveniente; carece de tornavoz; y en su lugar bajo humilde dosel, se muestra un crucifijo de poco valor artístico, colocado en el haz de junquillos que forman el machón del lado del Evangelio, sobre el que descansan los arcos torales del lado de la nave principal en el cuerpo de la iglesia (2).

que tantas noticias tiene recogidas en el Archivo de aquel Alcázar y en el de la Catedral, respecto de los maestros azulejeros de su patria.

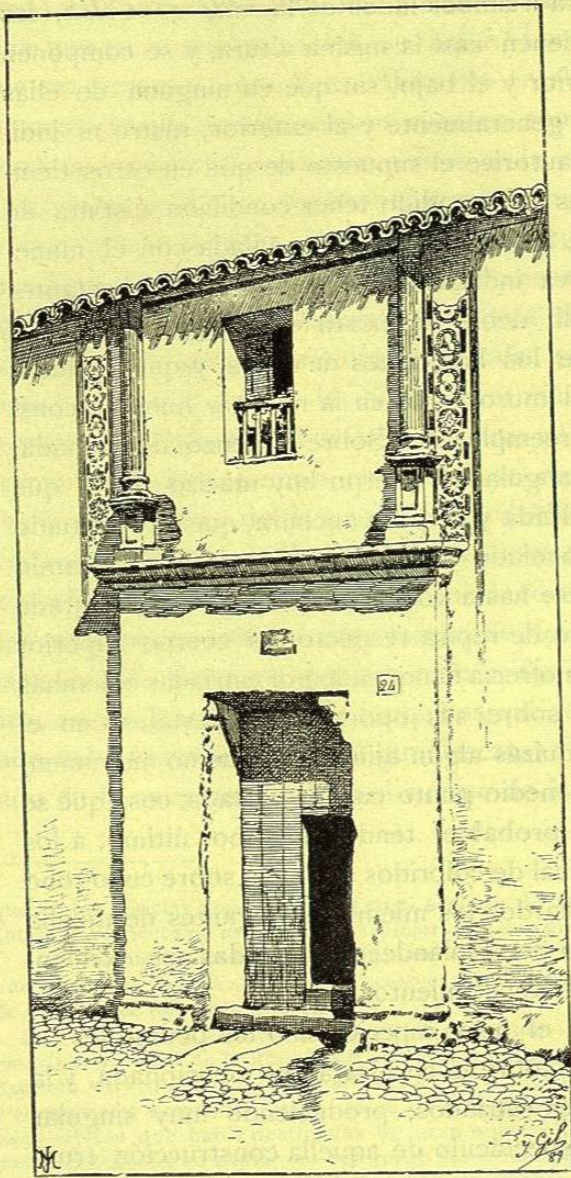
(1) Con efecto: en la segunda línea del folio de la izquierda aparecen una *m* y una *l* seguidas de una *s*, y después acaso el principio de *e si* [sientos]... Repetimos de nuevo, que no afirmamos nada.

(2) «Tuvo la villa de Palos,—dice el P. Coll,—una iglesia de cuarenta varas de longitud, y veinte de latitud; y en ella tres capillas, dedicadas, una á San Juan Bautista, otra al Señor de la Vera-Cruz, y otra á Nuestra Señora de la Esperanza; y además seis altares con otros títulos». «Para el servicio de este templo,—continúa,—dícese que había destinados un gran número de capellanes convenientemente dotados, y su titular era San Jorge desde luengos siglos...» «Tenía además tres pingües patronatos, varias obras pías y muchas y muy ricas alhajas, cuya mayor parte fueron distribuidas por los señores Arzobispos entre varias iglesias necesitadas, y á la Patriarcal de Sevilla le adjudicó el Prelado, Sr. Palafox, un terno verde que no hace aún muchos años se conservaba en aquella iglesia metropolitana». «El Cabildo catedral de Sevilla era el patrono de la dicha iglesia de San Jorge; de su orden, y sin duda alguna por el estado ruinoso en que se encon-

Tendidas en hilera á ambos lados de la *calle de Colón*, las casas que la forman tienen casi la misma altura, y se componen de dos pisos, el superior y el bajo, sin que en ninguna de ellas por aventura se halle generalmente y al exterior, rastro ni indicación por la cual se autorice el supuesto de que en otros tiempos cualquiera de ellas haya podido tener condición distinta de aquella que hoy tiene, á excepción de la señalada con el número 24, la cual conserva indicaciones exteriores muy bastantes para acreditar que allí debió de existir en el siglo XVI la casa señorial de alguno de los habitantes de Palos, y que venida á ruina, fué utilizado el muro foral en la nueva y humilde construcción que hubo de reemplazarla. Sobre el lienzo de fachada, resalta con efecto rectangular un cuerpo hoy macizo, en el que se abre la puerta, cuadrada y de poca anchura, que ha sustituido verosímilmente al adovelado arco de medio punto; coronando dicho cuerpo, extiéndose hasta volver en los ángulos moldurada cornisa, que hace oficio de repisa respecto del cuerpo superior de la fachada, el cual se ofrecía flanqueado por estriadas columnas de piedra, levantadas sobre sus oportunos pedestales; en el centro debió rasgarse quizás algún ajiméz, ya que no monumental fenestra de arco de medio punto cual la portada, cosa que se nos ofrece como más probable, tendiéndose por último, á los extremos, una faja vertical de coloridos azulejos, sobre cuyo tono oscuro destacarían gallardos los miembros elegantes de aquella fachada, en la que hubo de resplandecer con todas sus excelencias el grande estilo del Renacimiento.

Hoy, no quedan en el piso superior sino los pedestales de las columnas, asentados sobre la cornisa antes mencionada, y la mayor parte de los fustes estriados, produciendo muy singular efecto, con verdad, el espectáculo de aquella construcción trun-

traba, hubo de ser reedificada, viniendo á quedar mucho más reducida». «Para ayuda de la obra, dicen que se fundió la efigie de San Jorge, que era de plata, y tenía una cruz de esmeraldas pendiente de un hilo de perlas». «De la plata fundida se acuñaron monedas» (*Colón y La Rábida*, págs. 94 y 95).



PALOS.—PORTADA DEL RENACIMIENTO EN LA CALLE DE COLÓN

aquellas piedras, y no sabrán decirte otra cosa, habiendo

cada violentamente por el alero del tejado; á la parte exterior de las columnas subsisten aún algunos de los azulejos que componían el marco del conjunto, pues según los indicios que á través de los repetidos lechos de cal se descubre, aquella faja vertical debía bajar hasta el pavimento... No preguntes, lector, si la curiosidad te mueve, quién pudo ser en los días de Carlos de Gante ó mejor, en los de Felipe II, el mayorazgo dueño de aquel que fué palacio: nadie sabría darte razón alguna, y serían de todo en todo inútiles las pesquisas y estériles tus investigaciones en tal sentido. Los más ancianos recuerdan siempre haber visto en su indiferencia siempre allí

de contentarte con saber á ciencia cierta que cuando, según Rodrigo Caro, en cuyo tiempo estaba «casi destruido,» tenía aquel lugar poco menos de cien vecinos,—hubo quien no vaciló en erigir su señorial morada en la villa de Palos; quizás alguno de los compañeros de Colón, ó de los marinos que en las sucesivas expediciones marcharon á las Indias occidentales, enriquecido allí, labraría de nuevo á su regreso la morada en que pasó su infancia, para hacer ostensible alarde de sus tesoros... Quién sabe, ni quién es capaz de saber los secretos que oculta el tiempo, cuando sobre todo no tienen ni trascendencia ni importancia, cual sucede con este!

No ocurre lo mismo en orden á la casa en que vivió aquel físico insigne cuyo nombre ha pasado entre merecidos elogios á la historia: de aquel Garci Fernández, que tanta parte tuvo en la noble determinación de Fr. Juan Pérez, y que comprendiendo el pensamiento de Colón, identificábase con el pobre y desconocido genovés, y sentía palpar su corazón emocionado al escuchar de labios del obscuro mendigo extranjero las pruebas reales y científicas de su descubrimiento, viendo en su imaginación surgir de entre las agitadas aguas del Océano, aquel mundo nuevo, virgen, esplendoroso, que sonreía sin cesar y que brindaba á España con los tesoros que encerraba en su seno! Pero mientras ha quedado la memoria del edificio que habitó quizás el pobre marinero enriquecido, ó el hidalgo poderoso, en aquellos restos de la portada, que hemos reconocido anteriormente,—nadie se cuidó nunca de averiguar la casa en que vivía el físico Garci Fernández, y nadie se preocupó de ello, cuando debía ser mirada como un templo. La humanidad ha sido siempre ingrata; y si aquel edificio, miserable sin duda, no ofrecería interés para el arqueólogo ni para el artista, lo ofrecería y muy subido, para aquellos que ven en las más humildes personalidades la augusta representación de la majestad divina, como debió por gratitud ofrecerlo también á los descendientes de Cristóbal Colón, para quienes no podía ser en modo alguno indiferente!

Mas sea como quiera, de aspecto muy distinto á aquel que tuvo en la ocasión solemne á que debe su fama y su renombre, ambos universales, nos aguarda el puerto, que no es sombra siquiera ya de lo que fué, «como si abiertas las anchurosas fauces del abismo, le hubiera éste sepultado en sus entrañas; como si alguna revolución geológica hubiérale de alto abajo aniquilado todo», y con él, espectáculo á la vez grandioso y triste: grandioso, por los recuerdos que se agolpan á la imaginación, llenándola por completo, y triste al mismo tiempo así por el estado vergonzoso en que se halla, como porque allí, en aquel paraje, debieron haber ya los hombres levantado monumento imperecedero á la gloria del descubridor de América, pues fué allí donde en 1492 se aprestó la expedición inmortal que acometía tan gigantesca empresa, y de Palos eran la mayor parte de los humildes marineros que seguían, muchos de ellos sin esperanzas, al que debía ser Virrey glorioso del nuevo mundo. Tomando cuerpo y volviendo á la vida, aun á pesar nuestro, — todavía creen los ojos contemplar el cuadro que ofrecería el puerto de Palos en los primeros días de Agosto de aquel año memorable: sobre las móviles ondas, que venían silenciosas á estrellarse contra la arena, balanceábanse, como orgullosas de su destino, tres solas embarcaciones, cuyos aparejos dibujaban pintorescamente sobre el azul del cielo, iluminado por los resplandores de un sol ardiente. Allí en el fondo, á la derecha, avergonzada de su pequeñez, aparecía Huelva, con los restos de sus fortificaciones, lo humilde de su caserío y lo arrogante del castillo con que dominaban la población sus señores los duques de Medinasidonia; al frente, con varias alturas y dimensiones, sucedíanse anchos esteros, en cuyas aguas cabrilleaba el sol con reflejos de oro, y á la izquierda, pasada la punta en que se alzaba solitario el santo retiro de los Recoletos Franciscanos, y más allá de la *Torre de la Umbria*, que con la *de la Arenilla*, fué mandada construir en 1577 (1), — bajo una atmósfera templada por las frescas brisas,

(1) MORA, *Huelva Ilustrada*, cap. XI, pág. 150.

espaciábase imponente el Océano, como convidando á los intrépidos navegantes.

Entre aquellas tres embarcaciones, colocadas casi en fila, distinguíase á la cabeza la capitana, mayor que las otras, ostentando en la popa el estandarte real de Castilla: llevaba el nombre de la Santísima Virgen, Patrona de España, y parecía inquieta y como impaciente por soltar las amarras que la tenían sujeta; á su lado, de más pequeñas dimensiones, y con no menor impaciencia, puesta la proa al mar, como la *Santa María*, estaba la carabela armada á sus expensas por el valiente marino Martín Alonso Pinzón, vecino de Palos, y bautizada con el nombre de *la Pinta*; más allá, tímida y recelosa, y con igual aparejo, seguía *Santa Clara*, apellidada *La Niña* por ser Francisco Niño, vecino de Moguér, su piloto, y cuyo mando estaba confiado á Vicente Yáñez Pinzón, hermano de Martín Alonso, y dueño de la carabela, á quien había decidido éste á tomar parte en la empresa. Llenando el canal, multitud de cárabos y de lanchas, olvidadas las faenas de la pesca, discurrían conducidas por hábiles remeros por entre medio de las tres carabelas, y en la playa, revuelta y confusa, abigarrada muchedumbre, que poblaba el aire con sus lamentos y sus gritos, se agitaba sin cesar con febriles movimientos.

Forzados iban, en expiación de desconocida falta y por orden de la corona, la mayor parte de los individuos que suministró la comunidad marítima de Palos; y aunque partía con ellos Martín Alonso Pinzón, hombre experto en las cosas de mar y de gran prestigio entre los marineros de aquel pueblo; aunque la tripulación tenía recibidas cuatro pagas por adelantado, — el temor, la zozobra, la inquietud invencible, y toda suerte de preocupaciones, aparecían retratados en el rudo semblante de aquellos hombres, que iban á confiar su existencia al acaso, engolfándose por mares totalmente desconocidos. En grupos informes, las madres, las mujeres y los hijos, entregados á la desesperación y al duelo más profundos, cercaban derramando abundoso llanto